

7. Tomgram / Greg Grandin *

Tomgram: Greg Grandin explica por que Latinoamérica no formó parte de la pandilla antiterrorista de Estados Unidos

Traducción: Darío Martini

En las audiencias del Senado donde se nominó a John Brennan como “Zar” antiterrorista y director de la CIA, hubo un momento destinado a la historia que pasó casi desapercibido. Cuando el senador Carl Levin presionó varias veces a Brennan sobre si el *waterboarding* (submarino) era tortura o no, Brennan terminó respondiendo de esta manera: “Mi opinión personal es que el submarino es reprobable y no se debe practicar. Pero tendría que agregar, Senador, que yo no soy abogado y que por lo tanto no puedo responder a la pregunta”.

¡Qué derroche de modernidad! ¡Cuán elocuente defensa de la americanidad del siglo XXI! Nos demuestra cómo hemos evolucionado desde los oscuros días de la Europa medieval, cuando el submarino era registrado bajo la categoría de: ¡“tortura del agua”! Brennan citó incluso al fiscal general Eric Holder, un abogado que había descrito al submarino como “tortura”. Sin embargo, él

* Original: *Tomgram: Greg Grandin, Why Latin America Didn't Join Washington's Counterterrorism Posse*; February 18, 2013. <http://www.tomdispatch.com/blog/175650/print> Greg Grandin es corresponsal regular de *Tomgram* y autor de *Fordlandia: The Rise and Fall of Henry Ford's Lost Jungle City*. Nominado al premio Pulitzer, su nuevo libro *Empire of Necessity: Slavery, Freedom, and Deception in the New World* será publicado por Metropolitan Books.

mismo se excusó. De acuerdo con el hombre que fue director ejecutivo adjunto de la CIA y director del Centro Unificado de Amenazas Terroristas durante los años de las “técnicas de interrogatorio mejoradas” (*-Enhance Interrogation Techniques-*, que de hecho sabía muchísimo sobre dichas técnicas); los únicos preparados para definir a la tortura como “tortura” son los abogados. Esto podría ser más preocupante si no fuese porque somos una “nación de abogados” (aunque significa también que las cifras en caída libre de inscripciones para las facultades de derecho podrían, en el futuro, crear una crisis en la definición misma de tortura).

Para encontrarle el lado positivo, la posición de Brennan debe ser tenida en cuenta como un paso adelante respecto a la de los funcionarios del Departamento de Justicia que escribieron los infames “memorandos sobre la tortura” (*torture memos*) durante el gobierno de Bush, que en esencia, abandonan la definición de “tortura” al futuro testimonio del torturador. Tengamos además en cuenta que Brennan tiene buena compañía para sostener su punto de vista. Recientemente, el Instituto “Open Society” publicó la que hasta ahora es la investigación más completa sobre el sistema de injusticia que George W. Bush y sus principales funcionarios crearon para secuestrar en el extranjero a “sospechosos de terrorismo”, encarcelarlos sin cargos, torturarlos, o “facilitarlos” a otros países que estén dispuestos a hacer lo mismo.

Resulta que 54 naciones (excepto los EE.UU.) han participado en la creación de la inducción y el mantenimiento de este “gulag global” estadounidense. Es una lista de la deshonra que cabe destacar: Afganistán, Albania, Argelia, Australia, Austria, Azerbaiyán, Bélgica, Bosnia-Herzegovina, Canadá, Croacia, Chipre, República Checa, Dinamarca, Yibuti, Egipto, Etiopía, Finlandia, Gambia, Georgia, Alemania, Grecia, Hong Kong, Islandia, Indonesia, Irán, Irlanda, Italia, Jordania, Kenia, Libia, Lituania, Macedonia, Malawi, Malasia, Mauritania, Marruecos, Pakistán, Polonia, Portugal, Rumania, Arabia Saudita, Somalia, Sudáfrica, España, Sri Lanka, Suecia,

Siria, Tailandia, Turquía, los Emiratos Árabes Unidos, el Reino Unido, Uzbekistán, Yemen y Zimbabue.

Cabe destacar que según el informe de “Open Society”, sólo uno de esos Estados (como era evidente) tenía un abogado a mano que pudo reconocer la tortura, aunque mucho después de perpetrado el hecho. “Canadá”, según sus autores; “es el único país que emitió una disculpa a una víctima de ‘facilitación’ extraordinaria, Maher Arar, quien fue ‘facilitado’ para ser torturado en Siria”.

Teniendo esto en cuenta, Greg Grandin, asiduo participante de *TomDispatch* y autor de *Fordlandia: The Rise and Fall of Henry Ford's Lost Jungle City*, explora un milagro geográfico; de esos 54 países, ¡sólo dos, Estados Unidos y Canadá están en el hemisferio occidental!

La excepción latinoamericana: Sobre cómo el Gulag de tortura global de Washington se convirtió en la única zona libre de Gulag del planeta (Greg Grandin)

El mapa grafica la historia. Para ilustrar un nuevo y condenatorio informe, “Globalizar la Tortura: las detenciones secretas y entregas extraordinarias de la CIA”, publicado recientemente por el *Open Society Institute*, el *Washington Post* elaboró un gráfico igualmente reprobatorio: empapado en rojo sangre, demuestra como en los años posteriores a los ataques del 11/09, la CIA convirtió a casi todo el planeta en un “archipiélago gulag”.

En los umbrales del siglo XX, se utilizaba un mapa rojo similar para indicar el alcance global del Imperio Británico, en el que según se decía, el sol nunca se ponía. Parece ser que entre el 11 de septiembre del 2001 y el día que George W. Bush dejó la Casa Blanca, la tortura negociada por la CIA tampoco vio una puesta del sol.

En total, de los 190 y tantos países en este planeta, la asombrosa cifra de 54 participaron

de diversas formas en este sistema de tortura estadounidense, hospedando prisiones de la CIA o “sitios oscuros” (*black sites*), aprobando el uso de su espacio aéreo y sus aeropuertos para ser utilizados por vuelos secretos, proporcionando inteligencia, secuestrando extranjeros o a sus propios ciudadanos y entregándolos a los agentes estadounidenses que los “facilitaban” a terceros países como Egipto o Siria. El sello distintivo de esta red, describe *Open Society*, fue la tortura. Este informe documenta los nombres de 136 personas “purgadas” en lo que dice es una operación en curso, aunque sus autores dejan en claro que el número total es implícitamente mucho más alto, (la cifra) “seguirá siendo desconocida” por el “alto nivel de secreto gubernamental asociado con el secreto en los arrestos y las sesiones extraordinarias”.

De esta mancha no escapa ninguna región. Ni América del Norte, hogar del centro de mando del gulag mundial, ni Europa, ni Oriente Medio, África o Asia. Ni siquiera los países socialdemócratas escandinavos. Suecia cedió a la CIA por lo menos a dos personas que fueron entregados a Egipto, adonde, entre otros abusos, fueron sometidas a descargas eléctricas. Ninguna región, con la excepción de América Latina.

Lo que más llama la atención sobre el mapa del *Washington Post* es que ninguna parte de su oscuro horror toca a Latinoamérica, es decir, ni un solo país de lo que solía ser llamado el “patio trasero” de Washington participó en las entregas extraordinarias a Washington, ni dirigió o apoyó la tortura y el abuso de “sospechosos de terrorismo”. Ni siquiera Colombia, que a lo largo de las dos últimas décadas fue lo más cercano a un estado-cliente de los Estados Unidos en la región. Es cierto que una mancha roja debe aparecer en Cuba, pero esto sólo resaltaría el hecho de que Teddy Roosevelt tomó “en perpetuidad” la bahía de Guantánamo como Base Naval de Estados Unidos en el año 1903.

Crear dos, tres, muchas CIAs

En este nuevo mundo distópico de sitios “oscuros” y vuelos a medianoche ¿Cómo llegó Latinoamérica a ser un “Territorio Libre”, la Sión de esta *Matrix* militarista (como bien podrían calificarla los *fans* de las películas de los hermanos Wachowski)?

Después de todo, fue en América Latina y sus gobiernos apoyados por los estadounidenses en donde Washington puso en marcha un prototipo de la guerra contrainsurgente global del siglo XXI contra el terrorismo.

Incluso antes de la Revolución Cubana de 1959, antes de que el Che Guevara instase a los revolucionarios del mundo a crear “dos, tres, muchos Vietnam”, Washington ya había establecido dos, tres, muchas Agencias de Inteligencia Centralizadas en América Latina. Como demuestra Michael McClintock en su imprescindible libro *Instruments of Statecraft*; a finales de 1954, unos meses después del infame golpe de la CIA que derrocó en Guatemala a un gobierno elegido democráticamente, el Consejo de Seguridad Nacional recomendaba el fortalecimiento de “las fuerzas de seguridad interna de los países extranjeros amigos”.

En la región, esto significaba tres cosas. En primer lugar, agentes de la CIA y otros funcionarios estadounidenses se pusieron a trabajar para “profesionalizar” las fuerzas de seguridad de distintos países como Guatemala, Colombia y Uruguay, es decir: convirtiendo brutales, pero a menudo torpes y corruptos aparatos de inteligencia locales, en eficientes y “centralizados” organismos, capaces de reunir información, analizarla y almacenarla. Lo más importante es que se coordinaran las diferentes ramas de las fuerzas de seguridad de cada país; la policía, el ejército y los escuadrones paramilitares, para actuar sobre la base de esa información, a menudo de manera letal y sin piedad.

En segundo lugar, EE.UU. expandió en gran medida la acción de estos organismos tornándolos más eficientes y eficaces, dejando en claro que su agenda incluía no sólo la defensa nacional, sino la ofensiva internacional. Debían ser la vanguardia de

una guerra mundial por la “libertad” y de un reinado de terror anticomunista en el hemisferio. En tercer lugar, nuestros hombres en Montevideo, Santiago, Buenos Aires, Asunción, La Paz, Lima, Quito, San Salvador, Ciudad de Guatemala y Managua, fueron para ayudar a sincronizar el funcionamiento de las fuerzas de seguridad nacionales.

El resultado fue un terrorismo de Estado a escala continental. Entre los años 1970 y 1980, la Operación Cóndor, del dictador chileno Augusto Pinochet, unió entre sí a los servicios de inteligencia de Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay y Chile, constituyendo el más infame de los consorcios terroristas transnacionales en América Latina, sembrado incluso el pánico en lugares tan lejanos como Washington DC, París y Roma. Estados Unidos ayudó a poner en marcha operaciones similares en otras partes del hemisferio sur, especialmente en América Central durante la década de 1960.

Para cuando la Unión Soviética colapsó en 1991, cientos de miles de latinoamericanos habían sido torturados, asesinados, desaparecidos o encarcelados sin juicio, en parte gracias a la importante capacidad de organización y el apoyo de Estados Unidos. América Latina fue, por entonces, el gulag de Washington. Tres de los actuales presidentes de la región; José Mujica de Uruguay, Dilma Rousseff de Brasil, y Daniel Ortega de Nicaragua, fueron víctimas de este reinado del terror.

Cuando terminó la Guerra Fría, las organizaciones de Derechos Humanos de toda la región comenzaron la hercúlea tarea del desmantelamiento de las profundas y arraigadas redes de agentes de inteligencia, prisiones secretas y técnicas de tortura del continente, sacando a los militares del gobierno y obligándolos a regresar a sus cuarteles. En la década de 1990 Washington no sólo no se interpuso en el camino de este proceso, sino que colaboró en la despolitización de las fuerzas armadas de Latinoamérica. Muchos creían que con la Unión Soviética fuera de escena, ahora

Washington podía proyectar su poder en su propio “patio trasero”, a través de medios más suaves, como los acuerdos comerciales internacionales y otras formas de presión económica. Hasta el 11 de septiembre.

¡Dios mío!

A finales de noviembre de 2002, mientras los lineamientos básicos de detención secreta de la CIA y los programas de entrega y facilitación extraordinaria estaban tomando forma en todo el mundo, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld voló 5,000 millas a Santiago de Chile para asistir a una reunión de ministros de Defensa del hemisferio. “Huelga agregar”, dijo Rumsfeld, “no hubiese venido hasta acá si no creyese que esto fuese muy importante”. Ciertamente lo era.

Esto fue después de la invasión de Afganistán pero antes de la invasión a Iraq, Rumsfeld estaba en su apogeo y no perdía oportunidad para machacar las palabras “11 de septiembre” toda vez que podía. Quizá no supiera de la importancia especial de esta fecha en América Latina. 29 años antes tuvo lugar el 11/09 original, un golpe de Estado apoyado por la CIA, ejecutado por el general Pinochet y su ejército, que condujo al asesinato del democráticamente electo presidente de Chile Salvador Allende (o, en realidad, Rumsfeld sabía exactamente lo que significaba). Después de todo, la Guerra Global contra el Terror promulgado, una nueva lucha global por la libertad estaba en marcha, y Rumsfeld llegaba para reclutar acólitos.

En Santiago, la ciudad desde la que Pinochet había dirigido la Operación Cóndor, Rumsfeld y otros funcionarios del Pentágono trataron de vender lo que ahora denominaban la “integración” de las “diversas aptitudes especializadas bajo competencias regionales integradas” (una manera insípida de describir el secuestro, la tortura y la muerte en marcha en otros lugares). “Los eventos en el mundo previos y posteriores al 11 de septiembre sugieren ventajas”, apuntaba Rumsfeld, para

que las naciones trabajasen en conjunto frente a la amenaza terrorista.

“¡Dios mío!”, le dijo Rumsfeld a un periodista chileno, “los tipos de amenazas que enfrentamos son globales” Admitía que Latinoamérica estaba en paz, pero tenía una advertencia para sus líderes; no debían descansar sobre la creencia de que el continente estaba a salvo de los nubarrones en formación en otras partes. El peligro existe, “viejas amenazas, como las drogas, el crimen organizado, el tráfico ilícito de armas, la toma de rehenes, la piratería y el lavado de dinero; y nuevas amenazas, como el delito cibernético, incluso amenazas desconocidas, que pueden surgir sin previo aviso”.

“Estas nuevas amenazas”, agregó ominosamente, “deben ser contrarrestadas con nuevas aptitudes” Gracias al informe de *Open Society* podemos saber exactamente lo que Rumsfeld tenía en mente cuando hablaba de “nuevas aptitudes”.

Ejemplo de esto último: unas semanas antes de la llegada de Rumsfeld a Santiago, Estados Unidos, actuando con falsa información suministrada por la Real Policía Montada de Canadá, detuvo a Maher Arar, de doble nacionalidad siria y canadiense, en el aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York, para entregarlo a una “Unidad Especial de Extracción”. Fue llevado primero a Jordania, adonde fue apaleado, y luego a Siria, un país en una zona horaria cinco horas por delante de Chile, donde fue entregado a los torturadores locales. El 18 de noviembre, cuando Rumsfeld estaba dando su discurso sobre el mediodía de Santiago, eran las cinco de la tarde en una prisión siria y en la celda con forma de tumba de Arar, que pasaría el siguiente año siendo objeto de abusos.

Ghairat Baheer fue capturado en Pakistán cerca de tres semanas antes del viaje de Rumsfeld a Chile, y arrojado a una prisión dirigida por la CIA en Afganistán, denominada “Pozo Salado”. A medida que el secretario de Defensa elogiaba el regreso de América Latina al imperio de la ley después de los oscuros días de la Guerra Fría, Baheer bien podría

haber estado en medio de una de sus sesiones de tortura, “colgado desnudo durante horas”.

Un mes antes de la visita de Rumsfeld a Santiago, el saudí Abd al Rahim al Nashiri fue trasladado a “Pozo Salado”, y desde ahí lo llevaron “a otro ‘sitio oscuro’ a Tailandia, en Bangkok, donde fue sometido al submarino”. Después de eso, lo pasearon por Polonia, Marruecos, Guantánamo, Rumania, y de nuevo a Guantánamo, donde permanece en cautiverio. En su periplo, fue sometido a un “simulacro de ejecución con un taladro eléctrico mientras estaba desnudo y encapuchado”. Interrogadores estadounidenses pusieron “una pistola semiautomática cerca de su cabeza estando esposado delante de ellos”. Sus interrogadores también “amenazaron con traer a su madre para ser abusada sexualmente delante suyo”.

Del mismo modo, un mes antes de la reunión en Santiago, el Yemení Bashi Nasir Ali Al Marwalah fue trasladado al “Campamento Rayos X” (Camp X-Ray) en Cuba, donde permanece hasta hoy.

Menos de dos semanas después de que Rumsfeld jurase que Estados Unidos y América Latina compartían “valores comunes”, Mullah Habibullah, de nacionalidad afgana, murió “después de maltrato severo” bajo la custodia de la CIA, en algo denominado el “Punto *Bagram* de recolección”. Una investigación militar estadounidense: “concluyó que el uso de posiciones de estrés y falta de sueño combinada con otras formas de maltrato causado, fueron los factores que contribuyen directamente con su muerte”.

Dos días después del discurso del Secretario en Santiago, en “Pozo Salado” un oficial de la CIA desnudó a Gul Rahma y lo encadenó al piso de concreto sin mantas. Rahma murió congelado.

El reporte de *Open Society* prosigue con la larga lista de casos, y son...

Territorio Libre

Rumsfeld dejó Santiago sin compromisos firmes. Algunos de los militares de la región se vieron tentados por las supuestas oportunidades que ofrecía la visión del Secretario; en una campaña ideológica que fusionase la lucha contra la delincuencia y el Islam radical, una guerra unificada en la que todo iba a estar subordinado al mandato de Estados Unidos. Como apunta el politólogo Brian Loveman, por el tiempo de la visita de Rumsfeld a Santiago, el jefe del ejército argentino recogió los novísimos ofrecimientos de Washington, insistiendo en que “la defensa debe ser tratada como un asunto integral”, sin una falsa división que separase la seguridad interna de la seguridad frente a amenazas externas.

Pero la historia no estaba del lado de Rumsfeld. Su viaje a Santiago coincidió con la épica crisis financiera de Argentina. Registrada entre las peores de la historia, la crisis marcó un colapso general del modelo económico (una suerte de reaganismo en esteroides) que Washington había estado promoviendo en América Latina desde finales de la Guerra Fría. De repente, y en una forma en que sus predecesores jamás lo habían sido, una nueva generación de gobiernos izquierdistas llegaron al poder en gran parte del continente, comprometidos con la idea de soberanía nacional y la limitación de la influencia de Washington sobre la región.

Hugo Chávez ya era presidente de Venezuela. Apenas un mes antes del viaje de Rumsfeld a Santiago, Luiz Inácio Lula da Silva ganó la presidencia de Brasil. Unos meses más tarde, a principios de 2003, los argentinos elegían a Néstor Kirchner, quien poco después dio por finalizadas las maniobras militares conjuntas de su país con Estados Unidos. En los años que siguieron, Estados Unidos experimentó un revés tras otro. En 2008, por ejemplo, Ecuador expulsó a los militares estadounidenses de la Base Aérea de Manta.

Durante el mismo período, la administración Bush se apresuró en invadir Iraq, un acto al que se opusieron la mayoría de los países

latinoamericanos y que ayudó a desperdiciar lo que quedaba en la región de buena voluntad post-11/09 hacia los Estados Unidos. Iraq pareció confirmar las peores sospechas de los nuevos líderes del continente; lo que Rumsfeld estaba tratando de vender como una fuerza de “mantenimiento de la paz” internacional era poco más que un intento de utilizar soldados latinoamericanos como Gurkhas, en una reversión de guerra imperial unilateral.

La “Cortina de humo” de Brasil

Los Cables diplomáticos publicados por *Wikileaks* demuestran el grado en que Brasil rechazó los esfuerzos para pintar la zona de rojo con el nuevo mapa del gulag global de Washington.

Por ejemplo, un cable del Departamento de Estado de mayo de 2005 reveló que el gobierno de Lula se negó a “múltiples solicitudes” de Washington para aceptar prisioneros de Guantánamo, en especial un grupo de alrededor de 15 uigures que Estados Unidos había mantenido prisioneros desde el año 2002 y que no podían ser devueltos a China.

“La posición (de Brasil) con respecto a este tema no ha cambiado desde 2003 y es probable que no cambie en el futuro cercano”, señalaba el cable. Reportaba además que el gobierno de Lula consideraba todo el sistema creado por Washington en Guantánamo (y en todo el mundo) como una burla al derecho internacional. “Todo intento por discutir este asunto” con los funcionarios brasileños, concluía el cable, “fue denegado rotundamente, o aceptado de muy mala manera”.

Además, Brasil se negó a cooperar con los esfuerzos de la administración Bush de crear una versión de la Ley Patriota (*Patriot Act*) para todo el hemisferio occidental. Por ejemplo, Brasil rehusó realizar acuerdos para revisar el orden jurídico que facilitara levantar y presentar cargos de complot, (a la

vez que se ampliaban las implicancias en la definición del significado de conspiración criminal). Lula mantuvo esta decisión durante años, pero parece ser que el Departamento de Estado no se dio cuenta de esto hasta abril de 2008, cuando uno de sus diplomáticos escribió un memo hablando sobre el supuesto interés de Brasil en la reforma de su régimen jurídico con el objetivo de situarle una “cortina de humo” a Washington. “El gobierno brasileño” (demostraba con enojo otro cable de *Wikileaks*), “tenía miedo de que una definición más amplia de terrorismo sea utilizada contra “los miembros de lo que ellos consideran como movimientos sociales legítimos que luchan por una sociedad más justa”. Al parecer, no había manera de “escribir una legislación antiterrorista que excluye las acciones” de la base social de izquierda de Lula.

Un diplomático de EE.UU. se quejó de que esta “mentalidad” (es decir, un modo de pensar que efectivamente valora las libertades civiles) “...presenta serios desafíos a nuestros esfuerzos para mejorar la cooperación en la lucha contra el terrorismo y en promover la aprobación de legislación antiterrorista”. Además, el gobierno brasileño estaba preocupado de que la nueva legislación fuese utilizada para perseguir a ciudadanos árabe-brasileños, de los que existen muchos. Uno puede imaginarse que si Brasil y el resto de Latinoamérica se hubiesen inscripto en el programa de Washington de “extracción” de detenidos, *Open Society* hubiese tenido que agregar en su lista mucho más nombres y apellidos de origen árabe.

Finalmente, cable tras cable de *Wikileaks* fueron revelando como Brasil bloqueó los esfuerzos de Washington para aislar a la Venezuela de Hugo Chávez, un paso necesario si en su raid contraterrorista Estados Unidos pretendía officar de “mariscal de campo” sobre todo América del Sur.

Por ejemplo, en febrero de 2008 el embajador de Estados Unidos en Brasil, Clifford Sobell, se reunió con el ministro de Defensa de Lula, Nelson Jobim, para quejarse de Chávez. Jobim

le dijo entonces a Sobell que Brasil compartía su “preocupación frente a la posibilidad de la inestabilidad en las exportaciones de Venezuela”. Pero en lugar de “aislar a Venezuela”, hecho que sólo podría “conducir a un endurecimiento de las posturas”, Jobim indicó que su gobierno “apoya la creación de un ‘Consejo de Defensa Sudamericano’ con Chávez a la cabeza”.

Aquí se presentaba un pequeño problema, ¡el Consejo de Defensa Sudamericano fue idea de Chávez! Fue parte de su esfuerzo, en colaboración con Lula, por crear instituciones independientes paralelas a las controladas desde Washington. El memo concluía con el embajador de Estados Unidos señalando con curiosidad el hecho de que Brasil hiciese uso de una “idea de cooperación en defensa” de Chávez, como parte de una “supuesta estrategia de contención” hacia Chávez.

Palos en la rueda a la maquinaria perfecta de guerra permanente

Inhabilitado para imponer su marco antiterrorista post-11/09 para toda Latinoamérica, el gobierno de Bush se replegó. A su vez trató de construir una “máquina perfecta de guerra perpetua” en un corredor que iba desde Colombia a través de Centroamérica hasta México. El proceso de militarización de esta región más limitada, a menudo bajo el pretexto de la “la guerra contra la droga”, se intensificó en los años de Obama. De hecho, Centroamérica se convirtió en el único lugar en donde *Southcom* (el comando del Pentágono que cubre América Central y del Sur) pudo funcionar más o menos a voluntad. Un vistazo a este otro mapa, elaborado por la organización *Fellowship of Reconciliation*, representa una región parecida a una gran pista de aterrizaje para aviones no tripulados y vuelos de interceptación de cargamentos de drogas hacia Estados Unidos.

Washington sigue impulsando y sondeando más al sur, tratando una vez más de establecer un punto de apoyo militar más

firme en la región para vincularla en sus aspiraciones globales, en lo que es hoy quizá una cruzada menos ideológico y más tecnocrática. Por ejemplo, a los estrategas militares de Estados Unidos les gustaría mucho tener una pista de aterrizaje de caras al Atlántico, en la Guyana Francesa o en Brasil; el Pentágono podría utilizarlo como un trampolín para su creciente presencia en África, y para la coordinación de la labor del Comando Sur con el recientemente creado comando *Africom*.

Pero, hasta ahora América del Sur viene poniendo palos en la rueda. Volviendo al mapa del Washington Post, vale la pena celebrar el hecho de que al menos en este siglo, al menos en una parte del mundo, no se posó el sol del sistema de tortura estadounidense.

Nota del Traductor:

El traductor de este artículo no concuerda con la definición de “izquierdistas” utilizada por el autor para describir los gobiernos latinoamericanos surgidos en la década de 2000, y recuerda que muchos de estos gobiernos cedieron a presiones estadounidenses, para hacia finales de la pasada década sancionar diversas leyes antiterroristas utilizadas para reprimir y judicializar a movimientos sociales, ambientalistas y sindicales en varios países de la región.